

MANUEL J. CASTILLA (1918-1980)

El año pasado la profesora Celia Clara Fischer nos leyó en su cátedra de Literatura Rusa y Escandinava unos poemas de Manuel J. Castilla, un argentino nacido en Salta en 1918. Como el propósito era celebrar la llegada de la primavera, no acudió al frío nórdico de la literatura de su materia, sino a un poeta de nuestras latitudes, un poeta cálido y celebrante. Así nos introdujo en la obra de Castilla, un autor que no figura dentro del canon de los renombrados poetas nacionales por haberse mantenido alejado del circuito poético porteño y por ser este un país centralizado y escasamente federal. Muchos conocen sus textos sin saberlo, ya que es autor de numerosas letras del folklore del noroeste argentino, como la "Zamba de Balderrama"



o "Juan Panadero". Pero Castilla no se quedó en folklorista. En 1943, junto a otros poetas del norte, formó parte del grupo *La carpa* que proponía hacer una poesía "de la tierra" buscando la esencia más íntima de ese paisaje y mostrando los clamores del ser humano. Sus obras completas, editadas por Corregidor, suman catorce títulos. Los poemas que publicamos a continuación corresponden a *Bajo las lentas nubes* y a *Copajira*.

A veces las provincias tienen su poeta que las hace trascender a lo universal. Entre Ríos, por ejemplo, tiene a Carlos Mastronardi, Corrientes, tal vez, a Francisco Madariaga y Salta, sin duda, a Manuel J. Castilla.

17

A veces, como ahora, cuento con ganas cosas de
mi tierra.

Cuando fui, por ejemplo, caminando en
Angastaco, solo,
y el valle calchaquí se ablandaba de lanas y
pastores.

Al río descendían las estrellas
llenándose la boca de arenas amarillas.

Los hombres hacían vino con un amor tan suave
como si fabricaran las yemas de las flores.
La tierra era callada
y entregaba su cáscara dócilmente a los hombres.
Se dejaba pisar por ellos
como una madre dormida por el hijo, esa noche.

Después,
yo regresaba siempre, retornaba perdido;
volvía por mi rastro hasta sus viñas, hasta sus uvas
pálidas.

Me metía en su almacén como la boca dura del
desierto
y su osario de arena

subía de Angastaco a mi garganta
bajo un azul retinto y esplendente.
Todo era blanco en Angastaco, entonces. Arena y
luna.

Y el silencio era blanco como un recuerdo viejo,
bien viejo.

Yo también recuerdo ahora que era blanco.

LA PALLIRI*

Qué trabajo más simple que tiene la palliri.
Sentada sobre el cáliz de su propia pollera,
elige con los ojos unos trozos de roca
que despedaza a golpes de martillo en la tierra.

(Un silencio nocturno le trepa por las trenzas
y oscurece la arcilla de sus manos morenas.)

Qué inútil que sería decir que en sus miradas
hay un pozo de sombra y otro pozo de
ausencia;

que pudo ser pastora de las nubes
y se quedó en minera,
que pudo hilar su sueño por las cumbres
viendo bailar la rueca.

La palliri no canta
ni tampoco hila sueños.
La mirada en la tierra
y la cabeza en el cielo
de mañana y de tarde
busca sólo el silencio,
y cuando está a su lado
lo quiebra contra el suelo.

Y no sabe que a ratos, entre sus brazos
recios
se le duerme el martillo como un niño de hierro.



* mujer que selecciona los minerales.